

## CAPITULO CCLXXI.

En que se trata cómo por ser tan conocida la virtud y santidad del padre Fray Diego Luciano, los comisarios generales y otros prelados, cuando iban á Guadalajara lo primero que hacían era ir á verle y visitarle.

Los comisarios generales y otros prelados, cuando iban al convento de Guadalajara, lo primero que hacían era ir á ver á este siervo de Dios, y pedirle con muchas veras los encomendase á su Divina Majestad, y el buen acierto de las elecciones de la provincia; porque tenían por indubitable, que haciendo esta diligencia, habían de tener buen acierto en todo; y toda suerte de gentes hacían grande estima de la persona del siervo de Dios, y particularmente el Reverendo padre Comisario Fray Juan de Rieza, que habiendo estado mucho tiempo en el convento de Guadalajara, cuando se dividió aquella provincia de la de Mechoacán, se iba casi todos los días á la celda del bendito padre, y algunas veces le espulgaba las calcetas que se ponía, y trataban muchas cosas de espíritu; y como era tan gran escriturista, el Comisario solía referir algún lugar de la Escritura, y los dos, en santa conversación, lo estaban alegorizando; y muchos religiosos de la provincia del Santo Evangelio, contaban la grande estimación que hacia el Comisario, y lo mucho que alababa la santidad y candidez del bendito Luciano, y el gusto tan grande que recibía su alma y espíritu, cuando trataba con él. Este sentimiento del Reverendísimo Padre Fray Juan de Rieza, es de mucha estimación, por haber sido tan docto y tan gran siervo de Dios, como vieron y experimentaron todos los que le conocieron en el tiempo de su gobierno, de que dió admirable cuenta.

Y como los siervos de Dios y los justos viven ajustados con su ley, y están siempre asidos con el hilo de su querer, y colgados del cabello de su divina voluntad; y como su pensar y obrar es siempre tan á la medida de sus divinos preceptos; y como su vida es tan del cielo, y no hay cosa que en el mundo los divierta, aparte, ni desquicie de la permanencia en el bien obrar, alentados siempre con la divina gracia; y así su vivir en el mundo es como de ángel, su muerte de justos, porque la buena muerte depende, como ya dijimos, de la buena vida, y la vida de los justos es tan conforme á las leyes de Dios, y sus caminos tan derechos. Así la muerte de los tales es derecho camino para el cielo, más con la promesa que por el Eclesiástico, Capítulo 1.º, les hace el Espíritu Santo, diciendo: *Timenti Deo benedictus erit in extremis et in die defunctionis benedictur.*

Al justo y temeroso de Dios, como nuestro buen padre Luciano, y que tan bien acudió á sus obligaciones, fué tan puntual y remirado en ellas, tan paciente en los trabajos y enfermedades de tanto tiempo, encerrado más de veinticinco años en una celda cerrada como una cárcel, sin salir jamás de ella, privado del sentido más preciado que un hombre tiene, bien le irá en el remate de sus días, porque habrá una ciudad entera y todo un reino de la Nueva Galicia, que á boca llena diga y engrandezca su buena vida, santa y ajustada á la ley de Dios. *Dicite justo, quoniam bene erit,* díganle que tenga paciencia, porque al fin se canta la gloria, y en la muerte se acabarán sus trabajos y comenzará á gozar de los debidos premios á tan calificada vida, que esta es la promesa que Dios hace á los justos, y aunque no podemos saber con evidencia y certeza del que acá muere, el camino que lleva, porque no tenemos ojos tan perspicaces que podamos ver desde acá aquellas celestiales sillas y moradas donde van á parar los justos que llevan este camino; hay, empero, indicios por los cuales podemos saber y conjeturar el paradero de los tales en la muerte, que esto quiso decir Aristóteles en el libro 3.º de su Etica, aunque no lo supo entender como nosotros lo profesamos. *Qualis unusquisque est-*

*talis illi debetur finis*, es la vida una regla por donde cada uno se mide en la muerte, y tal será su fin, cual hubiere sido la vida, porque siendo buena, la premia Dios en la muerte. Los justos la esperan con vigilancia, por tener en ella el supremo bien y gozo de la gloria, como dice el Libro de la Sabiduría en el capítulo 4.º: *Iustus morte si preoccupatus fuerit in refrigerio erit*. Es sabiduría del cielo saber el hombre prevenir la muerte, como la previno y aguardó el bendito padre Fray Diego Luciano con tantas mortificaciones, tantas penitencias, tantos ayunos, con tan continua oración y contemplación, haciendo buen matalotaje de buenas obras. ¡Con qué vigilancia vivía, por que no le hallase la muerte descuidado, fervorizado siempre en el amor de Dios y del prójimo, doliéndose de los trabajos de sus hermanos, consolándolos en ellos, y rogando á la divina Clemencia la usase con los tales! Daba á los religiosos afligidos saludables consejos para que en sus aficciones acertasen á tener buenos sucesos.

Fué de profundísima humildad, y sufrió con mucha prudencia muchos golpes de pesadumbres que algunos prelados coléricos indiscretamente le daban; obedecíalos y respetábalos con mucho amor, y jamás desplegó los labios para formar queja contra nadie; á todos tenía por perfectos y buenos cristianos, y á sí solo por descuidado y pecador. La pobreza fué extremada en él, como ya dijimos, porque nunca usó más que de un hábito y paños menores, y con estas prevenciones y armas santas, pudo seguramente aguardar el trance de la muerte.

## CAPITULO CCLXXII.

En que se trata de la bienaventurada muerte y dichoso fin del Padre Fray Diego Luciano, y de lo que sucedió en ella.

Llegado ya, pues, el tiempo en que había de pagar la deuda que universalmente pagan todos los hijos de Adán, le previno la Majestad Divina con una enfermedad tal, que no siendo penoso, como nunca lo fué, á sus hermanos, dispuso su viaje cierto á la bienaventuranza, como piadosamente lo podemos entender.

En esta última enfermedad, tuvo una revelación de Dios, según el mismo lo dijo al prelado, en esta manera: parece que había dos ó tres días que no quería comer cosa de las que le administraba el padre Fray Francisco Tabares, enfermero, y aunque le persuadía á ello, se excusaba y no lo quería recibir; y viendo esto, le pareció al enfermero acertado dar de ello noticia al prelado, que era el padre Fray Francisco de Barrios, el cual actualmente estaba en aquel convento, y era provincial; y habiendo oído atentamente lo que el enfermo le había contado, fué luego al punto con otros religiosos que se hallaron presentes, á la celda del bendito padre Luciano, y habiendo entrado y saludándole amorosa y caritativamente, le dijo que cómo no quería comer ni pasar siquiera un bocado de lo que le administraba el enfermo, y para lo que Nuestro Señor fuese servido de disponer de aquella enfermedad, le rogaba mucho que se alentase á comer alguna cosita de las que le trajesen, y que le encargaba la conciencia; y le dijo, que para obligarle á ello, se lo mandaba por santa obediencia, á lo cual respondió el benditísimo varón con notable humildad estas palabras: *no puedo*

ya, Padre nuestro, comer más, porque esta es la voluntad de mi Dios y mi Señor, y así me lo ha mandado su divina Clemencia, y quiere pase de aquí al día de mi trance de esta suerte, por haber sido penoso á algunos indios que me traían á costas las frutillas que los padres guardianes, mis devotos, me hacían caridad y me enviaban para comer." Confusión grande para aquellos que con libres ocasiones, sin mucha necesidad, son molestos á los pobrecitos indios, enviándolos cargados, hambrientos, á pié y sin paga alguna, padeciendo por los caminos mil calamidades en que debían los superiores ser cuidadosísimos, pues vemos un ejemplo tan patente como éste del siervo de Dios, y que es cierto y lo vieron muchos, que cuando algún guardián devoto suyo le enviaba alguna frutilla, primero le había avisado y pedido hiciese pagar su trabajo al que se la había de llevar, y que nunca le enviase á un indio que fuese á sólo esto, si no que aguardase ocasión en que lo enviasen á otro negocio; y que de esta manera le hiciesen caridad, y no de otra; y con todo eso, por las veces que se la trajeron á costas, siendo bien poco lo que le enviaban, quiso Su Majestad lo pagase en esta vida, y tenerle treinta y ocho días sin comer ni beber cosa alguna, sustentándole Nuestro Señor milagrosamente, y algunas veces que se sentía desflaquecido, olía una azucena, que duró sin marchitarse muchos días, y una poma de olor, que para este efecto se le llevó de la ciudad, con que recibía algún aliento.

Finalmente, queriéndole llevar Nuestro Señor para sí al cabo de este tiempo; habiendo recibido el Viático y Extremaunción, y habiéndose confesado muchas y diversas veces, con el sentimiento y humildad que solía, pidió de limosna un hábito para que lo enterrasen, y repitiendo muy á menudo el nombre de Jesús y de María, dió su bendita alma á su Creador, año de 1617, en la primera domínica de cuaresma, á los 70 años de su edad y más de 50 de hábito; habiendo estado los 35 en aquella santa provincia de Xalisco. Quedó su cuerpo tan hermoso y tratable, que más parecía estar vivo que muerto; y la celda con una fragancia y olor tan admirable, que era indicio de su santidad y de la gloria que goza en el cielo; porque además

de las cosas maravillosas que Dios obró con él, como se ha visto en el discurso de su vida, le honró Nuestro Señor, con muchos milagros que por su intercesión obró, así en vida como después de muerto, y en haberle aclamado todo aquel reino por santo, y que todos á boca llena, tratando de su vida, virtudes y loables costumbres, no le llaman con otro nombre, que el santo Luciano; y aunque las más ciertas señales y testimonios más fidedignos de la virtud y santidad de los santos y de mayor virtud sean sus heroicas y maravillosas obras y la perfección de su vida y costumbres, pues según común sentencia de los santos, el glorioso San Juan Bautista ningún milagro hizo en toda su vida, y no se puede decir que hayan sido más santos ni más perfectos que él, otros que hicieron muchos milagros. Con todo eso, no se puede negar que los milagros son de grandísima importancia y de muy gran testimonio para la virtud y santidad sobre dicha, y en prueba, se pondrán algunos milagros que nuestro Señor obró por su siervo en algunas personas, los cuales se podrían testificar y juramentar, por ser ciertos y sucedidos ante personas libres de toda sospecha, y que hoy viven muchas de ellas, y que para contarlos, no las ha movido más que la honra de Dios Nuestro Señor y crédito de su siervo.

Luego que pasó de esta vida á descansar en el Señor, llevaron su cuerpo á la sacristía todos los religiosos del convento, como es uso y costumbre, para, en siendo hora, hacer los oficios y enterrarle; y fué cosa maravillosa, que estando en esto, y que con propósito cuidadoso no se había convidado á persona alguna para que se hallase al entierro, impensadamente se conmovió y juntaron con grandísima devoción toda la ciudad y todos los niños de la escuela, aclamándole por santo: que así honra Dios á sus siervos y á los que le sirven ejemplarmente. Estando en la sacristía, llegó un padre, sacerdote religioso del Beato Juan de Dios, gran amigo del bendito Luciano, y puesto de rodillas delante del ataúd, bañado el rostro en copiosas lágrimas, besándole los piés, dijo: "¡Oh mi buen padre y amigo! ¡Cómo tengo por muy cierto que estais ya gozando de Dios

y del premio debido á vuestra buena vida y obras, consuélome, con esto, y que presto os acompañaré." Y así fué, que dentro de muy breve tiempo murió este bendito padre, llamado Acevedo, con gran opinión de siervo de Dios por su ejemplar vida; y que habiendo sido beneficiado, lo dejó todo por recogerse á un hospital y ser capellán de los pobres, como todos lo vieron en la ciudad de Guadalajara.

Luego que se acabó el oficio y misa, queriendo enterrar al bendito Luciano en el entierro acostumbrado de los religiosos, comenzó á cargar toda la gente, hombres, mujeres y niños, á besarle con gran devoción los piés, y cortarle el hábito para reliquias, hasta dejarle sin él, si no fueran reprimidos por el padre provincial y el Reverendo Padre Fray Francisco de Barrios, y por el padre prior de Santo Domingo, que con gran fuerza ellos y otros religiosos apartaban la gente; pero con todo, no podían dejar de cumplir con la devoción del pueblo, que llegaba á tocar los rosarios y otras cosas en el cuerpo y rostro del bendito padre, guardándolas después por reliquias.

### CAPITULO CCLXXIII.

En que se trata de algunos milagros que Dios obró por su siervo después de muerto.

Después de enterrado, y que ya volaba la fama de la santidad, y maravillas que Dios usaba por la intercesión de este su siervo, sucedió en Guadalajara, que era una señora, grande devota suya, llamada D.<sup>na</sup> Isabel de Castro, mujer del Licenciado D. Juan de Avalos, oidor de la Real Audiencia de aquel reino de la Nueva Galicia. Y estando preñada, le dió una enfermedad

muy grave, de la cual, según las diligencias que hicieron y señales que vieron las parteras, y ella echaba de ver en sí, se tuvo por cosa cierta que la criatura que tenía en el vientre estaba muerta, con que se le agravaba la enfermedad y congoja; y sabiendo esta buena señora cuán acertado remedio que era acudir á Dios, y valerse de la intercesión de sus escogidos para tener buen suceso en los trabajos, lo hizo así. Y yéndola á visitar el P. Fray Sebastián López, que entonces era secretario, le dijo esta señora su aflicción, y que tenía por cierto que estaba la criatura (de que estaba preñada) muerta, por no sentirla en el vientre; y que así, le rogaba le diese alguna reliquia del bendito padre Luciano, que tenía esperanza en nuestro Señor, que por medio suyo habría de tener entera salud. Hízolo así este bendito religioso (que es de muy aventajada caridad), y dióla un pedazo del hábito con que había fallecido este siervo de Dios, el que se puso esta santa sobre el vientre con la devoción posible; y luego, instantáneamente, sintió bullírsele la criatura en el vientre, y empezando desde aquella hora á mejorar, cobró entera salud, lo cual contó esta santa al dicho padre Fray Sebastián López y al Padre Fray Marcos de San Juan, que era maestro de novicios y es religioso de muy conocida virtud y religión; los cuales lo han contado muchas veces, y lo mucho que esta santa alababa á Dios en su siervo, y la fé y devoción que con él tenía.

Siendo maestro de novicios el dicho padre Fray Marcos de San Juan en el convento de Guadalajara, contó una noche que estando el P. Fray Juan de Gracia, religioso lego muy anciano, con una ardiente calentura, ya sin sentido y sin habla, y que no le pudo confesar por diligencia que hizo, y absolverle por la bula, le dijo el P. Fray Nicolás de San Juan, le pusiese el bonete de tafetán morado al dicho Fray Juan de Gracia, conque solía comulgar el bendito Luciano. Hízolo así, y cuando se le puso era de parte de noche, y otro día de mañana, yéndole á visitar, lo halló mejor, habiendo vuelto en sí y quitádose totalmente la calentura, sin que se le hubiera hecho más remedio que ponerle el dicho bonete; y sintiéndose ya bueno